

DISCURSO EN EL ACTO DE SU POSESIÓN COMO RECTOR DE LA UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Nuestro Rector ha muerto y nadie lo reemplazará; vivirá mientras su espíritu aliente estos claustros y sus ideales orienten la conducta de los educadores.

Aturdido por las más fuertes emociones he venido repasando mi vida; la ilusión y el empuje que son propios de mi temperamento y mis años se penetran de amargura. Definida la profesión sin vacilar -cuatro generaciones me han precedido en el estudio del derecho- tampoco hubo indecisión al escoger esta Casa. Cargado de asperezas dogmáticas, aquí me encontré y me formé. El Externado fue para mí la prolongación del hogar. El padre ecuánime, austero, justo y comprensivo fue mi maestro y mi Rector. Yo, un alumno más que encontró su ambiente, que vivió con intensidad momentos angustiosos del país y se compenetró con las inquietudes de su tiempo, ante la mirada benévola de sus profesores y sus compañeros. Nadie se espantó, nadie trató de impedir las demasías. No hubo indiferencia ni discriminación ni favoritismo. Sentí en carne propia en la Universidad la tolerancia que caracterizaba a su conductor. Cuando comenzaba el ejercicio profesional, una transitoria falla de salud de mi profesor y un golpe de mi fortuna me permitieron sucederlo en la cátedra de su predilección. Pienso cuánto hubo él de cavilar para decidirse por quien como hijo suyo conocía mejor que nadie y cuyas flaquezas bien sabía. Hoy, con el corazón desgarrado por su ausencia, aprecio más su audaz confianza en mí.

Pronto el Externado se convirtió en parte fundamental de mi vida; era mi casa, la explicación de la existencia de mi padre, al claustro ya su Rector, confundidos en una sola entidad, debía todo mi ser. A poco comencé a intervenir en su administración, oficiosamente, por exigencia vital, contando con el afecto y la condescendencia de todos. Un día cercano al presente: el anciano amado comunicó a los profesores su fatiga y su preocupación de no contar con fuerzas suficientes para dirigir solo la marcha de su colegio. La respuesta brotó con la generosidad connatural a los miembros de la familia externadista.

Así me ví de asistente de nuestro patriarca. Sólo es decir de la compenetración íntima que reinó siempre entre nosotros, de una extraña coincidencia en el ideal entre dos generaciones muy distantes en el tiempo y de mi voraz absorción de sus enseñanzas.

Una madrugada la muerte nos sorprendió. Faltó el padre, que lo era todo para mí, y en mí murió mucho, aún no se cuánto. Ando como Juana de España con su féretro a cuestas, rebelado contra la fatalidad.

De nuevo nos encontramos en esta aula y no alcanzo a percatarme del motivo. He reiterado una promesa y no acierto a descifrar sus proyecciones. Se me reviven las escenas anteriores y se superpone ante mis ojos la imagen yacente de la velación ; rememoro el conmovido desfilarse de la despedida. Palpo la realidad y me resisto a reconocerla. La vida es sueño y los sueños sueños son. Sueño que soy mi padre y apenas soy su sucesor, sueño volver a ser su discípulo y se me

llama a continuar su obra; sueño en mi orfandad y me veo rodeado de abrumadora y magnánima unanimidad en la exaltación a la dignidad rectoral; despierto ante la dura realidad, se me impone la conciencia implacable del abismo que me separa de él, del dramático contraste entre quien encarnaba la Universidad en su más genuina personificación y lo que soy, y vuelvo a soñar con las cualidades que espléndidamente se me atribuyen, traje de gala para mi desnudez intelectual.

Sucedir a Ricardo Hinestrosa Daza significa el máximo honor de mi vida, pero es también un sacrificio. Como un maestro de escuela fue definido en feliz y profundo concepto; su panégyrico recorrió sus distintas actividades para culminar con la exaltación de su misión de educador; propios y extraños lo señalan como ejemplo de las generaciones por venir. Orgullosa y condolidamente recoge nuestra Universidad ese conocimiento que la enaltece. Ha de saber y tener siempre presente quien llegue a ocupar la silla vacía que su conducta no puede ser inferior, que no puede desfallecer, que ha de darse íntegro y apasionadamente al servicio del ideal universitario, que ha de ser recio, fuerte, sin concesiones para consigo mismo, amable, humilde, cordial, sincero y comprensivo; que ha de fundirse con la Institución, ser su guardián y expresarla en sus virtudes.

La muerte del Fundador del Externado implicó el eclipse de su obra. La triste lección fue aprendida y los Restauradores de la Universidad, habiéndole impreso el sello de su pujante personalidad, habiendo encarnado y personificado el claustro, lo despersonalizaron y garantizaron su perennidad. Muchas veces lo oímos y entendimos la frase como expresión de modestia. 'El Rector es solo un punto de referencia o centro de reunión de los profesores que consagrados con fervor a la enseñanza, marcan con su esfuerzo cotidiano el progreso del establecimiento': Ahora comprobamos la hondura y la exactitud del concepto. Cada uno de ustedes, señores profesores, con merecimientos que ambiciono y con igual dignidad que mis predecesores, podría honrar la Dirección de esta Casa. Han dispuesto ustedes en significativa comunión con el estudiantado que sea yo quien enarbole la bandera de los anhelos comunes. Conmovido y con desbordante gratitud debo reflexionar acerca de lo que esta determinación encarna.

En ochenta años que corona, nuestra Universidad solo ha tenido tres Rectores. Sorprendente estabilidad en lugar y tiempos donde todo es efímero; nos consume la fiebre de la variación, nos cansa la continuidad; oponemos la reducción del período al peligro de la monotonía y el anquilosamiento. Frente a estas constantes del medio se yergue esta Institución. Su firmeza no se asienta en la rigidez de normas constitutivas, es el calor y la vitalidad de sus hombres lo que la hace sólida; la perdurabilidad no deriva aquí de un estatuto, sino de la capacidad de progreso y de rejuvenecimiento de sus gentes. No podemos razonar en torno a la esencia de este claustro sin evocar a sus próceres: Pinzón Warlostén, Mendoza Pérez, Hinestrosa Daza, fueron lo que todos aspiramos a ser, son nuestros, nuestro orgullo, nuestro patrimonio. No como meros nombres. Fueron obra, actuación, realidades que trascienden sus límites vitales y se proyectan confiadas y airoas al futuro. Es un criterio, un espíritu del que todos nos compenetramos,

que nos domina en su grandeza y en cuya función hemos de vivir si queremos ser auténticos.

Hacer historia no es simplemente quedar incorporado en el relato de hechos sobresalientes en el acontecer del país; es también y antes que todo, darse a la formación de la nacionalidad. La patria es algo más que un territorio, unos colores, una canción; es una tradición, una cultura, una actitud ante la vida, una voluntad heroica de superación, un concepto de dignidad humana. No es entonces un atajo retórico exaltar las virtudes del maestro como forjador de patria.

La libertad es algo que ennoblece y hace digna la vida; esa la gran lección que aquí aprendimos en el mejor de los libros que es una existencia pulcra, un modelo viviente, talla enseñanza que nosotros como páginas escritas por esa mano vigorosa hemos de profesar y transmitir sin claudicaciones. ¿Pero, cuál libertad? ¿La de aherrar al contrario, la de oprimir al débil, la de sobresalir a expensas del dolor y la miseria ajenos? Nuestra concepción es vital; exige conciencia de nuestra ubicación cultural y represión de nuestros instintos. No es libre sino quien se domina para entender y amar a sus semejantes y toma la existencia como una superación cotidiana.

La libertad de investigación y de aprendizaje no son simple fórmulas, sino una lucha constante para proscribir el influjo de conceptos ajenos a la ciencia, una escuela para la vida, una aportación de medios y de condiciones para el desenvolvimiento de la propia personalidad. Puerta abierta a cada cual para abrazar la concepción que prefiera, pero no por estímulos sentimentales, sino como una genuina posición del hombre ante la sociedad y el universo, nacida de sus mismas entrañas. Ambiente de emulación y de estudio, disciplina estricta que comienza consigo mismo, pero ante todo, convicción de que la libertad no se recibe sino que se conquista y se adquiere solo con su ejercicio, a poder de trabajo, aprendiendo en la propia experiencia, formándose cada cual y cada cual contribuyendo a la formación de los demás. Por eso en el Externado conviven en plena armonía profesores y estudiantes de las más variadas latitudes ideológicas. Ese es nuestro modo de ser; solo así entendemos nuestra existencia.

Por tal razón concebimos al profesor como guía, como orientador en la búsqueda del saber y la verdad, como compañero avanzado que emprende cada día el mismo camino, en pos de un ideal inalcanzable, en compañía de los alumnos; transmite sus experiencias, comunica sus logros y recibe la inefable paga de reverdecer, de empaparse del vigor y del idealismo de la juventud.

Pero, cuán fácilmente se confunde la posición de orientador con la de conductor, cuán propicia es la cátedra para imponer ideas y adoctrinar y pervertir a los estudiantes.

Ufano ostenta el Externado su historia; seriedad académica, rígida disciplina, total y briosa independencia frente a cualquier presión extraña a la Universidad. El Olimpo Radical que la fundó supo distinguir por liberal, entre la tarea política y la

política universitaria; precisamente por andar menesterosos de libertad, los primeros profesores nuestros concibieron y edificaron un templo de amplitud y de tolerancia; allí se educó Hinestrosa Daza y por eso, tras de defender sus concepciones como soldado que ofrendó su sangre al ideal, retornó a la Universidad a profesar la filosofía de la libertad. Así supo él preservar con entereza y sin altisonancias la autonomía del claustro. Nadie ha podido dolerse de discriminación alguna en ningún orden en el Externado. Esa es nuestra tradición, ese nuestro destino, eso habrá de ser siempre esta Universidad.

A diario repetimos nuestro pasmo ante la vertiginosa transformación del mundo; el cambio ocurre ante nuestros ojos y nuestro deber es comprenderlo e incorporarnos a él; sin embargo, la miopía y la lentitud mental llaman retroceso y disolución lo que es simplemente novedad.

La juventud actual es distinta de la nuestra y de las que nos antecedieron, ¡cómo podría ser igual! Pero el proceso es el mismo. Recordemos nuestra adolescencia y no nos sonrojemos al recordar lo que quisiéramos mantener escondido; nuestros pecados de juventud son jirones de nosotros, fueron y siguen siendo partes definitivas de nuestro ser. Solo podrá entender lo que bulle en el alma del estudiante quien tome la vida despojada de prejuicios, la observe con total honestidad y quiera conservarse joven. Así vimos languidecer el cuerpo de nuestro Rector sin detectar síntomas de envejecimiento en su espíritu. Atento a las inquietudes de sus alumnos, los comprendía porque los amaba; evocaba sus años mozos y reemprendía con ellos la emocionante marcha de la autoformación; sabio, jamás presentó sus concepciones como acabadas o exclusivas o verdades absolutas; jamás cercenó el afán de conocimientos del estudiante con la rotunda expresión de lo cierto; autoridad respetable y respetada, jamás ejerció mando; para él no existía majestad imperial, alcanzó la mayor altura en' el consejo, en la reconvencción amistosa; solo fue implacable consigo mismo y solo alzó la voz contra la corrupción y la deshonestidad.

Recordaba al doctor Pinzón como modelo de pedagogos y de virtudes ciudadanas, y llegó a serlo él mismo sin proponérselo ni reconocerlo; infundía amor a la ciencia, perseguía el saber desveladamente, a cada quien le reconocía su valor, escudriñaba en las gentes sus bondades y perdonaba sus defectos. No de otro modo se explica la posición caracterizada del Externado dentro del concierto universitario colombiano, y así se entiende que jamás se haya presentado en él un conflicto. Ese es su carácter ya él tenemos que ser fieles sin debilidades, sin desfallecimientos, sin autoritarismos.

Se achaca a la juventud multitud de males. Indisciplina, propensión al menor esfuerzo, desapego por los ideales y las tradiciones, rebeldía contra la autoridad, son considerados rasgos característicos y exclusivos de la muchachada actual. Temerario olvido de lo que es juventud e indulgente perdón de la responsabilidad que compete a padres y a educadores. La mocedad es idealista, apasionada, ardiente, posee una conciencia adolorida de la injusticia; incomprendida por naturaleza, todo lo quiere reformar y de inmediato; inconforme, repudia la autoridad, a la vez que la requiere y acata cuando es auténtica. Cuánta vitalidad,

cuánta energía no se encierra allí: En manos los guías está el porvenir de la patria. Unos la incitan para sus egoístas afanes inmediatos, otros la reprenden porque no se pliega a sus designios, los más le reprochan el pecado de ser juventud, como si fu culpable de que para ellos se haya marchitado la esperanza. Hagan un acto de fe en Colombia y en sus gentes. Todos ambicionamos grandeza. Por qué nos hemos de alarmar porque los estudiantes la deseen a su manera y con su afán? No es la vida una contradicción permanente? ¿no surge nuestra opinión del choque con pensamientos opuestos? ¿En qué el nuestro es superior a los demás? Tolerancia y comprensión son normas cuanto mas escasas mas necesarias.

Si al profesor se le exigen virtudes y consagración heroicas, del estudiante demandan Universidad y pueblo una inmensa responsabilidad. No es una frase, es toda una vivencia. Cada cual ha de ocupar su sitio y cumplir los deberes que le incumben. La conquista del porvenir es lucha, no prebenda. La miseria y el anhelo de justicia no son hechos reductibles a las dimensiones de una arenga; como tampoco la angustia por superar el atraso es monopolio de ningún grupo. Si queremos resolver nuestros problemas tenemos que conocerlos, estudiarlos y afrontarlos. Frente a la retórica se plantea la actividad. Crítica, inconformidad, rebeldía, son ingredientes de toda transformación. Pero la realidad exige actuar sobre ella, no solamente hablar en torno suyo. Y la conducta impone previa reflexión. La Universidad moldea a la juventud para el servicio de la patria y de su pueblo, la educa; en la indagación de sus problemas y en la práctica ciudadana. Que el estudiante sepa que nuestro país no puede darse el lujo de cultivar la ciencia por la ciencia, o malgastar sus energías en meras especulaciones o en lamentaciones fútiles. Necesita ciudadanos que con clara visión de su tiempo y con absoluta lealtad vuelquen su esfuerzo al engrandecimiento de su tierra.

Quien alcanza a la Universidad es un privilegiado, sobresale porque va en hombros de una masa ignorante que espera todo de él, que cuenta con él para su redención y que no perdonará traiciones. Pero en nuestra época los privilegios no pueden entenderse sino como primer puesto en la línea de combate. Esa la gloria señalada al universitario. Formarse, aprender, alcanzar la ciencia, capacitarse para el ejercicio de la ciudadanía y devolver lo que con largueza ha recibido.

No es la Universidad una casta ni su objetivo la formación de élites; esparcir la cultura, acrecentarla, afirmar los valores esenciales de la nación, capacitar a los hombre del presente, descubrir y presentar respuestas a los graves interrogantes del momento, esa es su misión, esa su tarea que debe cumplir pacientemente, con dignidad, sin aceptar apoyos que la comprometan, sin caer en la mendicidad. Segura ha de estar de que la nación responderá a su esfuerzo y de que la rodeará e impulsará en la medida en que demuestre con la tozudez de los hechos que suya es la posición colombiana, y que la ideología que el progreso nuestro demanda es producto .de colombianos y para el bienestar de los colombianos.

He aquí un objetivo cardinal que la Casa de la Cultura há de satisfacer espontáneamente, celo de sus funciones, sin aguardar requerimiento alguno.

Bien se que he debido repetir con la inefable elegía:

"aquel de buenos abrigo, amado por virtuoso de la gente,

.....

.....

.....,

sus hechos grandes e claros non cumple que los alabe, pues los vieron, ni los quiero hacer caros, pues qu ' el mundo todo sabe cuáles fueron".

Respondo de que no ha sido el amor filial quien me ha dictado estas frases. A quien asume una responsabilidad se le solicita exponer sus ideas; de un universitario se espera oír su concepción de la Universidad. A las definiciones académicas, a los programas conceptuosos, el Externado contesta mostrándose, declarando su realidad, perseverando en su tradición. Porque ustedes, señores profesores y señores estudiantes profesan esta filosofía, porque juzgan que sólo así se puede cumplir la noble misión educativa, porque han tomado la determinación de aquilatarla, porque saben que así pienso y esperan que por mi mayor proximidad a quien representara con absoluta fidelidad esos ideales no puedo faltar al compromiso ni alterar el precioso legado, me han escogido, a sabiendas de mis limitaciones ampliamente conocidas, confiando esperanzados en mi devoción por la Universidad. De sobra comprendo que la unanimidad inicial es sentimiento. Me ilusiono esperando que algún día la merezca, no importa el precio. Sería la consagración de una vida.

Hoy hace setenta y un años en este claustro prometió Ricardo Hinestrosa Daza honrar con su conducta pública y privada ala patria ya su Universidad y ser defensor abnegado y constante de las libertades de sus conciudadanos; por no haber faltado jamás a su juramento mereció aprecio y respeto. Aquí reitero yo en la forma más solemne y firme mi entrega total al Externado. Solo puedo garantizar que no cometeré acto alguno de que pueda avergonzarme y que en mis manos no sucumbirá la herencia de quien por siempre habrá de iluminamos.

Señor doctor Vargas Rubiano: La fortuna ha querido regalarme con el don de su amistad, clara inteligencia, inalterable en el ejercicio de la lealtad, el espíritu suyo desborda gallardía, gentileza y generosidad; solo así puedo explicar la ornamentación con que me ha distinguido siempre y con que ahora me engalana. El destino nos ha unido en el dolor y en la esperanza.

Queridos compañeros: Me han dado ustedes todo lo que se puede entregar aun hombre: amistad de hermanos, compañía en la desolación, deseo de vivir, confianza, y las más grave de las responsabilidades. La turbación en que estoy sumido me impide no solo expresarme con la efusión que quisiera y que corresponde a las circunstancias, sino medir la magnitud del momento. Una esperanza me impulsa: un ejemplo guiará nuestros pasos, su comprensión y su carácter nos seguirán protegiendo, y me aferro a la certeza comprobada de contar con las luces, el consejo, el apoyo y el cariño sinceros de los profesores y de los estudiantes, unidos todos en indestructible confraternidad.

Gracias por haberme hecho volver a la vida.